

**DOMINGO V DE PASCUA (C)**  
**Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat**  
**19 de mayo de 2019**  
**Hch 14,21b-27; Ap 21,1-5a; Jn 13, 31-35**

*Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros Jn 13,34*

En el libro de los Hechos podemos seguir los pasos de los primeros cristianos cuando iban por todas partes con el deseo de transmitir y compartir su fe en Jesús resucitado. Lo hemos oído en la primera lectura: Pablo y Bernabé iban de ciudad en ciudad por Asia Menor y Siria. Los encontramos dialogando y fortaleciendo los nuevos cristianos, ayudándoles a vivir y crear una comunidad viva. No los escondían que deberían superar todo tipo de dificultades siguiendo el estilo de Jesús, el Cristo, que pasó por el monte haciendo el bien. Si descubrimos el modo de hacer de Jesús, también nosotros intentaremos ser tan humanos como él.

Una de nuestras tareas como cristianos debe ser la de crear un ambiente amable y habitable, incluso cuando nos encontramos con lo que no comprendemos: el sufrimiento, la violencia, la muerte. Nos lo indican también las pruebas y tribulaciones de que hablaban los apóstoles cuando, en las dificultades, se alentaban mutuamente a no apagar la fe ni el amor. Al igual que ellos, es con constancia perseverante que iremos creando una historia de convivencia humana y cristiana, bien abierta al diálogo y al respeto hacia los que tengan puntos de vista diferentes.

Los discípulos -lo hemos oído- ni se desanimaban ni se resignaban. Seguían con firmeza su tarea, convencidos de que es Dios mismo quien abre la puerta de la fe. La iglesia crece y se ensancha a medida que el evangelio toca el corazón de las personas. Por eso cada bautizado es llamado a repetir en su vida -de la manera que pueda- el testimonio de los apóstoles, sabiendo que la puerta de la fe continúa siempre abierta, en todos los lugares y en todos los tiempos.

En la segunda lectura, del libro del Apocalipsis, San Juan nos habla de un cielo nuevo y una tierra nueva, que ha comenzado justamente con la victoria pascual de Cristo, con su resurrección. Es nuestra gran esperanza, que debe ser capaz de ayudarnos a vencer -con la ayuda del Señor- las fuerzas negativas y destructivas que pueden hacer daño, tanto a nivel personal como comunitario y ciudadano. Tenemos un objetivo, el de ayudar a crear una ciudad plenamente humana: sólo así podremos llegar a la ciudad santa hacia la que peregrinamos, haciendo la experiencia que, al mismo tiempo, Dios siempre nos apoya y nos ayuda a construir esta comunidad de esperanza. Recordemos lo que nos dice Jesús: «Yo haré nuevas todas las cosas». Esta novedad va más allá de nuestras fuerzas, pero ahora y aquí, conviene que trabajamos por este Reino de justicia, de diálogo y de paz, que debe ser, para todos, una fuente de vida y de esperanza.

Caminamos, pues, hacia esta nueva Jerusalén, que es la ciudad de los que experimentan la bondad del Señor. Hacemos camino al lado de quienes más lo necesitan: por enfermedad, por falta de trabajo, por la cárcel y por tantas otras circunstancias. Somos invitados a ser ciudadanos abiertos al diálogo y al respeto mutuo, con el espíritu de mejorar nuestra convivencia en el momento concreto que estamos viviendo. Nos anima a hacerlo lo que nos propone Jesús: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado». Si conseguimos crear un ambiente de hermandad y lo renovamos cada día, todo será más fácil. Para poder hacerlo, contamos con esa fuerza que nos infunde Jesús mismo, él que nos amó: siempre delante, se nos adelanta y nos precede y nosotros lo encontramos de nuevo cada día. Como cristianos, seamos conscientes de que Jesús

nos llama a vivir el Evangelio, de acuerdo con el mandamiento nuevo de amarnos como él nos ha amado.

Así pues, más allá de las afinidades y los sentimientos, ojalá que consigamos vivir con una actitud constructiva, que sepamos superar las barreras ideológicas, las fronteras étnicas, las enemistades y las desconfianzas. El amor con el que Jesús nos ha amado contiene un respeto auténtico y confía en cada uno de nosotros, en cada persona. Ahora, en pleno tiempo de Pascua, queremos compartir su propuesta y queremos seguirlo día a día con un espíritu sincero de hermandad. Con una actitud muy constructiva podremos poner en práctica el mandato de Jesús de amar a todos como él nos ha amado: así nuestra vida se desplegará de la manera más normal, con un coraje renovado y con una actitud dialogante, abierta y fraterna.